

GIJÓN / 7 DIAS



por M. Campa

MANHATTAN CONTRA VETUSTA

(Historia de algunos localismos)

La falta total de un sentido regional, fuera del ámbito folklórico, quedó suficientemente manifiesto mientras se procedió a la «deforma» urbanística gijonesa. Es triste tener que confesar que, sin el «stop» del Ministerio de la Vivienda a tanta especulación y desastre, el sol no llegaría ya, quizá, a ninguna calle gijonesa, y hasta es posible que, a cambio del viejo I. Jovellanos, tuviéramos ahora un edificio en mitad del paseo de Begoña o cortando de cuajo cualquier calle. (Sobre las aceras ya hay alguna muestra para ejemplo de la posteridad.) Por eso, cada vez que alguien, tomando el rábano por las hojas, reivindicaba más poder para el Ayuntamiento frente a Madrid, no es posible menos que asombrarse, pues no hay, tal vez, confusión más nefasta que la de localismo y regionalismo. De tal modo se distinguen, que nada puede oponerse tanto como las implicaciones de esos dos conceptos. Porque localismo y centralismo son la misma cosa, se dan unidos y se exigen mutuamente. Localismo es, antes que otra cosa, caciqueo, posible, sobre todo, en un contexto centralista. ¿Por qué? Volvamos al ejemplo gijonés.

Mientras la especulación y la complicidad de unos y el «desinterés» de otros por el tema tendían a convertir esta villa en «la ciudad más fea de Europa» —según frase de un gijonés eminente—, en Madrid ni Rita la portera se daba por enterada. Lógico: la capital está tan lejos..., son tan incómodos los trenes de la RENFE..., que cuando se llega a la «Manhattan» asturiana sólo quedan fuerzas para recluirse en el «Molino Viejo». Sin embargo, todos los intentos del Ayuntamiento gijonés de conseguir el placet de Madrid a los inauditos planes de ordenación urbana, que justificaran lo injustificable, terminaban indefectiblemente en fracaso. Hasta que tanto fue el cántaro a

la fuente que el Ministerio de la Vivienda tomó directamente cartas en el asunto.

Es decir, de una parte un caciquismo feroz a nivel local, de otra Madrid a mil años luz de distancia. Si existiera un fuerte sentido regional, hubiera surgido inmediatamente en la opinión pública asturiana —particularmente en la ovetense— una oposición enérgica a tanto desmán. Pero, lejos de ello, se celebró con chistes de mal gusto el progreso del desaguado: como proponer a los ingleses el cambio de nuestro «Manhattan» por Gibraltar, etc. Significa esto que el localismo es un mal que empieza por aquejar a la misma capital de Asturias, a Oviedo. Cuando en estas mismas páginas se trató sobre la denominación de la provincia, vino a parar la discusión más en un legalismo de hecho que en las necesidades y exigencias del futuro inmediato. ¿Qué importancia tiene que actualmente se diga provincia de Oviedo, si es, tal vez, voluntad de una gran mayoría de la población que se nombre provincia de Asturias? Y no se diga que esto es sólo cuestión de nombres. Ahora empiezan a surgir lamentaciones de lo que parece el comienzo de una próxima disgregación de la Universidad de Oviedo. Disgregación seguramente evitable si se hubiera procedido con alguna seriedad a la creación de nuevas Facultades y Secciones. (Entre los estudiantes incluso se comentó que la creación de la Sección de Arte había tenido lugar por satisfacer los deseos de una alumna, que la había pedido a su papá).

La alternativa parecía clara: o se construía una ciudad universitaria fuera de Oviedo, lejos del dulce abrigo de los chigres y del control directo de la sociedad de familias de Vetusta, cambiando su nombre por Universidad de Asturias y León, o bien habría que repartir liberalmente Secciones y alguna Facultad

con las demás ciudades. Se optó por la solución más localista: no construir una ciudad universitaria y no soltar —en lo posible— ni una sola Sección. Naturalmente, la única reacción gijonesa coherente es ésta: ya que no nos conceden ni una sola de las nuevas Secciones y Facultades, intentemos conseguir lo más elemental, el colegio Universitario. Pensando en la realidad próxima de la «Y» asturiana —¿Llegará algún día su terminación?— se trata de una solución a un problema educativo que puede considerarse como un mal menor, puesto que acentuará la penuria y defectos de nuestras instituciones educativas. Si en la biblioteca de la Facultad de Letras ovetense no hay ni un solo libro, ¿qué podemos esperar del Colegio Universitario gijonés? Si la dotación bibliográfica de la Cátedras ovetenses depende de la laboriosidad y empeño del catedrático, exclusivamente —hay departamentos con una biblioteca admirable y los hay con un solo libro: el «Corominas»—, ¿no ocurrirá en Gijón que la bibliografía dependa del criterio de los concejales, como ahora la selección de cuadros para el Museo Jovellanos?

El localismo ovetense ha provocado, en este caso, un localismo gijonés. Pero se trata de un proceso irreversible, y todo por no soltar Oviedo una sola Facultad. Antes de que la Universidad de Oviedo esté bien dotada nos encontraremos con más estanterías sin libros... Pero una ciudad de más de doscientos mil habitantes no puede continuar sin un solo centro de estudios superiores, eternamente a merced de media docena de caciques. Si Gijón está a 28 kilómetros de Oviedo solamente, lo mismo puede decirse recíprocamente. Resulta lamentable —una vez más— que los localismos dispersen las pocas fuerzas con que contamos.